

El Fariseo y el Publicano

por el Reverendo George Whitefield
(1714-1770)

Lucas 18.14: **"Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido".**

Aunque hay algunos que se atreven a negar al Señor Jesús y a no creer en la revelación que se ha complacido en darnos, y con ello se acarrearán una rápida destrucción, espero caritativamente que sean pocos, si es que hay alguno, entre vosotros, a quienes voy a predicar ahora el reino de Dios. ¿Si os preguntara cómo esperáis ser justificados a los ojos de un Dios ofendido? Supongo que responderían: sólo por causa de nuestro Señor Jesucristo. Pero, si me acercara más a sus conciencias, me temo que la mayoría haría del Señor Jesús su Salvador sólo en parte, y se dedicaría, por así decirlo, a establecer su propia justicia. Y esto no es pensar en contra de las reglas de la caridad cristiana: porque todos somos santurriones por naturaleza; es tan natural para nosotros volvernos hacia un pacto de obras, como para las chispas volar hacia arriba. Hemos tenido tantos predicadores legalistas y tan pocos predicadores de la gracia libre durante tantos años, que la mayoría de los profesantes ahora parecen estar asentados sobre sus lías (residuos, restos, escombros, sedimentos), y más bien merecen el título de fariseos que de cristianos.

Así era en general con la gente durante el tiempo de la ministración pública de nuestro Señor: y por lo tanto, en casi todos sus discursos, predicó el evangelio a los pobres pecadores, y denunció terribles males contra los orgullosos autojusticieros. La parábola, a la que pertenecen las palabras del texto, mira en ambos sentidos: Porque el evangelista nos informa (ver. 9) que nuestro Señor lo dijo "a unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros". Y es una parábola notable; una parábola digna de tu más seria atención. "El que tiene oídos para oír, oiga", lo que Jesucristo dice en ella a todos los profesantes visibles.

Verso 10. **"Dos hombres subieron al templo a orar (no se puede pensar en hombres de caracteres más opuestos): uno era fariseo, y el otro publicano". Los fariseos eran la secta más estricta entre los judíos. "Yo era de la secta más estricta, de los fariseos", dice Pablo. Rezaban a menudo; no sólo eso, sino que hacían largas oraciones; y, para parecer extraordinariamente**

devotos, rezaban en las esquinas de las calles, donde se encontraban dos caminos, para que la gente que iba o venía, en ambos sentidos, pudiera verlos. "Ensanchan (como nos informa nuestro Señor) sus filacterias", tenían pedazos de pergamino cosidos a sus largas túnicas, en los que estaban escritas algunas partes de la Escritura, para que la gente pudiera deducir de ello que eran amantes de la ley de Dios. Eran tan puntuales y exactos en las purificaciones externas, que se lavaban al salir y al entrar. Celebraban el lavado de ollas, vasos de bronce y mesas, y muchas otras cosas semejantes hacían. Eran muy celosos de las tradiciones de los padres, y de la observancia de los ritos y ceremonias de la congregación, a pesar de que frecuentemente anulaban la ley de Dios por sus tradiciones. Y eran tan sumamente exactos en la observancia externa del día de reposo, que condenaron a nuestro Señor por hacer un poco de barro con su saliva; y le llamaron pecador, y dijeron que no era de Dios, porque había dado vista a un ciego de nacimiento, en día de reposo. Por estas razones eran tenidos en gran veneración entre el pueblo, que era tristemente engañado por estos guías ciegos, tenían los primeros lugares en las sinagogas, y los lugares de honor en los banquetes (lo cual amaban mucho) y eran llamados por los hombres, Rabí; en resumen, tenían tal reputación de piedad, que se convirtió en un proverbio entre los judíos, afirmar, que si de la multitud se llegaran a salvar dos hombres, uno de ellos debía ser un fariseo.

En cuanto a los publicanos, no era así con ellos. Parece que a veces eran judíos, o al menos prosélitos de la puerta, pues encontramos aquí a uno que sube al templo; pero de manera general, me inclino a pensar que eran gentiles, pues eran recaudadores de los impuestos romanos y solían amasar mucha riqueza (como parece por la confesión de Zaqueo, uno de los principales de ellos) agraviando a los hombres con falsas acusaciones. Eran tan universalmente infames, que nuestro Señor mismo dice a sus discípulos, "el hombre excomulgado debía ser para ellos como un pagano, o un publicano". Y los fariseos pensaban que era una acusación suficientemente grave contra el carácter de nuestro Señor el hecho de que fuera amigo de publicanos y pecadores, y que fuera a sentarse con ellos a la mesa.

Pero, por mucho que discreparan en otras cosas, estaban de acuerdo en esto: que el culto público es un deber que incumbe a todos, pues ambos acudían al templo. Los mismos paganos eran observadores del culto en el templo. En el Antiguo Testamento tenemos noticias muy tempranas de que los hombres ofrecían sacrificios e invocaban el nombre del Señor; y no encuentro que el Nuevo Testamento lo contradiga en ninguna parte. Nuestro Señor y sus apóstoles subían al templo; y el apóstol nos ordena que "no dejemos de congregarnos", como es la costumbre de demasiados en nuestros días; y también de los que quieren que tengamos buena opinión de ellos, aunque rara vez o nunca pisen los atrios de la casa del Señor. Pero, aunque nuestras devociones comiencen en nuestros armarios, no deben terminar allí. Y, si la gente nunca muestra sus devociones en el exterior, debo sospechar que tienen poca o ninguna en casa. "Dos hombres subieron al templo". ¿Y para qué fueron allí? No (como hacen multitudes entre nosotros) para hacer de la casa de

Dios una casa de comercio, o convertirla en una cueva de ladrones; mucho menos para ridiculizar al predicador, o perturbar a la congregación; no, ellos vinieron al templo, dice nuestro Señor, "a orar". Allí deberían subir las tribus del Israel espiritual de Dios, para hablar y derramar sus corazones ante el poderoso Dios de Jacob.

"Dos hombres subieron al templo a orar". Me temo que uno de ellos olvidó su misión. A menudo no he sabido cómo llamar el acto de devoción del fariseo; ciertamente no merece el nombre de oración: más bien puede decirse que vino al templo a jactarse, que a orar; porque no encuentro ni una palabra de confesión de su culpa original; ni una sola petición de perdón por sus pecados pasados, o de gracia para ayudarlo y asistirle en el tiempo venidero, sólo presenta a Dios, por así decirlo, un recuento de sus actuaciones; y hace lo que ninguna carne puede hacer con justicia, es decir, gloriarse en su presencia.

Ver. 11. **"El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano".**

Nuestro Señor se fija primero en su postura; "el fariseo PUESTO EN PIE", no se le debe condenar por eso; porque estar de pie, así como arrodillarse, es una postura apropiada para orar. "Cuando estéis de pie orando", dice nuestro Señor; aunque a veces nuestro Señor se arrodillaba, es más, se tendía boca abajo en el suelo; sus apóstoles también se arrodillaban, como leemos en los Hechos, razón por la cual me he maravillado de algunos, que son tan intolerantes a estar de pie en la oración familiar, así como en la pública, que no se arrodillan, a pesar de que todos se arrodillan a su alrededor. Me temo que hay algo de fariseo en esta conducta. Arrodillarse o estar de pie es indiferente, si la rodilla del alma está doblada y el corazón recto hacia Dios. Deberíamos procurar no ser exigentes en cosas no esenciales, para no ofender a las mentes débiles. Por lo que se destaca al fariseo es por "estar de pie solo"; pues las palabras pueden traducirse como "estaba de pie solo, en algún lugar eminente, en la parte superior del templo, cerca del Lugar Santísimo, para que la congregación viera lo devoto que era", o puede entenderse como lo leemos, oraba para sí mismo, o de sí mismo, de su propio corazón; no oraba según una forma preestablecida; era una oración libre, porque hay muchos fariseos que oran y predicán también, de esta manera. No veo por qué no se pueden apegar a la forma aprendida correctamente, así como en otras artes y ciencias. Un hombre, con una buena elocución (articulación, oratoria, discurso), facilidad de pensamiento, y buena memoria, puede repetir sus propios sermones o los de otros hombres, y, con la ayuda de Wilkins o Henry, puede orar aparentemente muy bien, y sin embargo no tener el menor grano de verdadera gracia en su corazón; No digo esto para criticar la oración libre, ni para desanimar a las almas queridas que realmente oran por el espíritu; sólo quiero por este medio dar una palabra de reproche a aquellos intolerantes que se afirman exclusivamente en la oración libre, y condenan, o al menos juzgan, a todos los que usan formas, como si no fueran tan santos y

celestiales como aquellos que oran sin ellas. Esto es un error. No todo el que ora libremente es un espiritual, ni todo el que ora con una forma, un hombre formal. No nos juzguemos unos a otros; no juzgue por eso el que usa formulario al que practica la oración libre; y no desprecie el que ora libremente al que usa formulario.

"El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo". Lo cual puede significar también que oraba interiormente en su corazón; porque hay un modo (y también excelente) de orar cuando no podemos hablar; así oraba Ana, cuando no hablaba en voz alta, sólo sus labios se movían. Así le dice Dios a Moisés: "¿Por qué gritas?", cuando es evidente que no pronunció palabra alguna. Esto es lo que el apóstol quiere decir con el "espíritu que intercede (por los creyentes) con gemidos indecibles". Porque hay momentos en que el alma es demasiado grande para hablar; cuando Dios la llena por así decirlo, y la ensombrece con su presencia, de modo que sólo puede postrarse, adorar, alabar y yacer en el polvo ante el Señor. Además, hay un momento en que el alma está entumecida, estéril y seca, y el creyente no tiene una palabra que decir a su Padre celestial; y entonces el corazón sólo puede hablar. Y menciono esto para animar a los cristianos débiles, que piensan que nunca son aceptados sino cuando tienen un flujo de palabras, y se imaginan que en el fondo no agradan a Dios, por ninguna otra razón que no sea el sentir que resultan agradables a sí mismos. Los tales harían bien en considerar, que Dios conoce el lenguaje del corazón, y la mente del espíritu; y que hacemos uso de las palabras, no para informar a Dios, sino para afectarnos a nosotros mismos. Por lo tanto, cuando alguno de vosotros se encuentre en tal situación, no os desaniméis: presentaos en silencio ante Dios, como arcilla en manos del alfarero, para que él escriba y estampe su propia imagen divina en vuestras almas. Pero creo que el fariseo no sabía nada de esta manera de orar, era un santurrón, un extraño a la vida divina; y por lo tanto cualquiera de las explicaciones anteriores puede ser la mejor para estas palabras.

"El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano". Aquí hay alguna apariencia de devoción, pero es sólo en apariencia. Dar gracias a Dios porque no somos ladrones, injustos, adúlteros y tan perversos en nuestras prácticas como los demás hombres, es ciertamente correcto y nuestro deber obligado, porque cualquier grado de bondad que pueda haber en nosotros, más que en los demás, se debe a la gracia de Dios que nos refrena, previene y ayuda. Todos somos igualmente concebidos y nacidos en pecado; todos estamos destituidos de la gloria de Dios, y sujetos a todas las maldiciones y maledicciones de la ley; de modo que "el que se gloria, que se gloríe sólo en el Señor". Porque ninguno de nosotros tiene algo que no haya recibido; y todo lo que hemos recibido, no lo hemos merecido en lo más mínimo, ni podemos reclamar lo más mínimo por ningún motivo, todo se lo debemos a la gracia gratuita. Si el fariseo hubiera pensado así cuando dijo: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres", habría sido una excelente introducción a su oración; pero era un

amante del libre albedrío, así como un justificador de sí mismo (pues el que es una cosa debe ser la otra) y pensaba que por su propio poder y fuerza se había mantenido alejado de estos vicios. Y, sin embargo, no veo qué razón tenía para confiar en sí mismo que era justo, simplemente porque no era un ladrón, injusto o adúltero; porque durante todo este tiempo el podía ser, como ciertamente lo era (así como también lo es toda persona que se justifica a sí misma) un gran orgulloso como el diablo. Pero no sólo se jacta, sino que miente ante Dios (como todos los que se justifican a sí mismos serán hallados mentirosos aquí o en lo sucesivo). Da gracias a Dios por no haber sido injusto, pero ¿no es un acto de la más alta injusticia robar a Dios su prerrogativa? no es un acto de injusticia juzgar a nuestro prójimo? y, sin embargo, de ambos crímenes es culpable este jactancioso que se justifica a sí mismo. "¡Como este publicano!" Parece hablar con el mayor desdén; ¡este publicano! Tal vez señaló al pobre hombre, para que otros lo trataran con el mismo desprecio. Tú, jactancioso orgulloso y confiado, ¿qué tenías que ver con ese pobre publicano? Suponiendo que otros publicanos fueran injustos y ladrones, ¿se deducía por lo tanto que él tenía que serlo? o, si había sido tan pecador, ¿cómo sabes que no se ha arrepentido de esos pecados? El hecho de que haya subido al templo a orar es al menos una buena señal de reforma. Eres, pues, inexcusable, oh fariseo, que juzgas así al publicano; porque tú, que lo juzgas injusto, eres injusto tú mismo en el acto mismo de juzgarlo; tu sacrificio es sólo el sacrificio de un necio.

Hemos visto hasta dónde llega la bondad negativa del fariseo; creo que hasta nada en absoluto. Veamos hasta dónde llega su bondad positiva; porque, si somos verdaderamente religiosos, no sólo evitaremos el mal, sino que también haremos el bien: "Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que gano".

No se condena aquí al fariseo por su ayuno, pues ayunar es un deber cristiano; "cuando ayunéis", dice nuestro Señor, dando así por sentado que sus discípulos ayunarían. Y "cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán". "Ayunando a menudo", dice el apóstol. Y todos los que no quieran ser desechados, cuidarán, como privilegio suyo, sin coacción legal, de "sujetar sus cuerpos, y ponerlos en servidumbre". El fariseo sólo es condenado por hacer una justicia de su ayuno, y pensar que Dios lo aceptaría, o que él era mejor que sus vecinos, meramente a causa de su ayuno, y pensar que Dios lo aceptaría, esto es por lo que fue culpado. El fariseo no debía ser exhortado por ayunar dos veces a la semana; ojalá algunos cristianos le imitaran más en esto; pero depender en lo más mínimo del ayuno para su justificación a los ojos de Dios, era realmente abominable. "Doy diezmos de todo lo que gano". Bien podría haber dicho: pago diezmos. Pero los santurriones (digan lo que digan) creen que dan algo a Dios. "Doy diezmos de todo lo que poseo". Hago conciencia de dar diezmos, no sólo de todo lo que exige la ley, sino de mi menta, anís y comino, de todas las cosas que poseo; esto estaba bien; pero jactarse de tales cosas, o de ayunar, es farisaico y diabólico. Ahora, pues, resumamos toda la justicia de este fariseo jactancioso, y veamos qué poca razón tenía para confiar en sí mismo, en que era justo, o para despreciar a los demás. No es injusto (pero sólo

tenemos su palabra para eso, creo que he demostrado lo contrario;) no es adúltero, ni ladrón; ayuna dos veces a la semana, y da el diezmo de todo lo que posee; y todo esto podría hacer, y mucho más, y sin embargo ser un hijo del diablo, porque aquí no se menciona que amara al Señor su Dios con todo su corazón, que era el "primer y gran mandamiento de la ley"; aquí no hay ni una sola sílaba de religión interior; y no era un verdadero judío, ya que sólo lo era exteriormente. Es sólo una piedad exterior en el mejor de los casos; interiormente está lleno de orgullo, justificación propia, libre albedrío y gran falta de caridad.

¿No os parece que los fariseos se sintieron muy ofendidos por este carácter, pues fácilmente podían saber que se decía contra ellos? Y aunque tal vez algunos de vosotros os ofendáis de mí, debo deciros, por amor, que temo que esta parábola se diga contra muchos de vosotros, porque ¿no sois muchos los que subís al templo a orar, sin mejor ánimo que el que tenía este fariseo? Y porque ayunáis, ya sea en Cuaresma o todos los viernes, y porque no hacéis mal a nadie, recibís el sacramento, pagáis el diezmo y dais una limosna de vez en cuando, ¿pensáis que estáis a salvo y confiáis en vosotros mismos que sois justos, e interiormente despreciáis a los que no se acercan a vosotros en estos deberes externos? Este, estoy persuadido, es el caso de muchos de ustedes, aunque, ¡ay! es un caso desesperado, como trataré de mostrar al final de este discurso.

Veamos ahora al publicano, vers. 13. **"Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador"**.

"Mas el publicano, estando lejos". Tal vez en el atrio exterior del templo, consciente para sí mismo de que no era digno de acercarse al lugar santísimo; tan consciente y tan agobiado por el sentimiento de su propia indignidad, que ni siquiera alzaba los ojos al cielo, que sabía que era el trono de Dios. Pobre corazón, ¿qué sintió en ese momento? Nadie más que los publicanos que se arrepentían, como él mismo, puede saberlo. Me parece verle de pie a lo lejos, pensativo, oprimido y hasta abrumado por el dolor; a veces intenta levantar la vista; pero entonces, piensa, ni cielos son puros a los ojos de Dios, y los mismos ángeles son acusados de no ser dignos de confianza ante Él; ¡cómo, pues, se atreverá un desgraciado como yo a levantar mi culpable cabeza! Y para mostrar que su corazón estaba lleno de santa contrición, y que se afligía piadosamente, se golpeó el pecho; la palabra en el original implica que se golpeó fuertemente el pecho, no echará la culpa a nadie sino a su propio corazón perverso. Como Adán sin humillar, no echará tácitamente la culpa de su vileza a Dios, y dirá: Las pasiones que me diste, me engañaron, y pequé. Está demasiado arrepentido para reprochar así a su Hacedor; se golpea el pecho, su pecho traicionero, ingrato, desesperadamente malvado; un pecho ahora a punto de estallar, así al final, de la abundancia de su corazón, no lo duda, y con muchas lágrimas, al fin grita: **"Dios, sé propicio a mí, pecador"**. No, Dios ten misericordia de aquel orgulloso fariseo, él encontró suficiente en sí mismo para descargar su

contrición, sin mirar a los demás. No, Dios, ten misericordia de mí, santo; porque sabía que "todas sus justicias no eran más que trapos de inmundicia". No, Dios ten misericordia de tal o cual; sino, Dios ten misericordia de mí, aun de mí, un pecador, un pecador de nacimiento, un pecador de pensamiento, palabra y obra; un pecador en cuanto a mi persona, un pecador en cuanto a todas mis actuaciones; un pecador en quien no hay salud, en quien no mora nada bueno, un pecador, pobre, miserable, ciego y desnudo, desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, lleno de heridas, y magulladuras, y llagas putrefactas; un pecador autoacusado, autocondenado. ¿Qué piensan ustedes? ¿Se habría ofendido este publicano si algún ministro le hubiera dicho que merecía ser condenado? ¿Se habría enojado si alguien le hubiera dicho que por naturaleza era mitad diablo y mitad bestia? No; habría confesado que le correspondían mil infiernos y que era un pecador terrenal y diabólico. Sintió ahora qué cosa tan espantosa era apartarse del Dios vivo; sintió que era inexcusable en todos los sentidos; que en modo alguno podía, a causa de cualquier cosa en sí mismo, ser justificado a los ojos de Dios; y por lo tanto se pone a los pies de la misericordia soberana. "Dios, sé propicio a mí, pecador". Aquí no hay ninguna confianza en la carne, ninguna súplica obtenida del ayuno, del pago de diezmos, o del cumplimiento de cualquier otro deber; aquí no hay ninguna jactancia de que él no era un ladrón, injusto, o adúltero. Tal vez había sido culpable de todos estos crímenes, al menos sabía que habría sido culpable de todos ellos, si se le hubiera dejado seguir los designios y deseos de su propio corazón; y por lo tanto, con un espíritu quebrantado y contrito, clama: **"Dios, sé propicio a mí, pecador"**.

Este hombre subió al templo a orar, y oró en verdad. Y Dios no despreciará un corazón quebrantado y contrito. "Yo os digo", dice nuestro Señor, yo, que estaba en el seno del Padre desde toda la eternidad; yo, que soy Dios, y por tanto conozco todas las cosas; yo, que no puedo engañar ni ser engañado, cuyo juicio es conforme a derecho; Yo os digo que, penséis lo que penséis de mí por decíroslo así, "este hombre", este publicano, este hombre despreciado, pecador, pero quebrantado de corazón, "descendió a su casa justificado (absuelto, y tenido por justo a los ojos de Dios) antes que el otro".

Que los fariseos tengan cuidado de no pervertir este texto, porque cuando se dice: **"Este descendió a su casa justificado antes que el otro"**, nuestro Señor no quiere decir que ambos fueron justificados, y que el publicano tuvo más justificación que el fariseo, sino que implica, o que el Publicano fue realmente justificado, pero el Fariseo no lo fue; o, que el Publicano estaba en mejor camino para recibir la justificación, que el Fariseo; de acuerdo con el dicho de nuestro Señor, "Los Publicanos y las Rameras entran en el reino de los cielos antes que vosotros". Que el fariseo no fue justificado es cierto, porque "Dios resiste a los soberbios"; y que el publicano fue en este momento realmente justificado (y tal vez se fue a casa con un sentido de ello en su corazón) tenemos una gran razón para inferir de la última parte del texto, **"Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"**.

Por lo tanto, la parábola se dirige ahora a todos los que me escuchan hoy, pues es evidente que nuestro Señor la pensó para nuestro aprendizaje, al hacer una aplicación tan general: **"Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido"**.

La parábola del publicano y el fariseo no es más que como un espejo, donde podemos ver la diferente disposición de toda la humanidad; porque toda la humanidad se puede dividir en dos clases generales. O confían totalmente en sí mismos, o en parte, que son justos, y entonces son fariseos; o no tienen confianza en la carne, son pecadores autocondenados, y entonces caen bajo el carácter del publicano que acabamos de describir. Y podemos añadir también, que la diferente recepción que estos hombres encuentran, nos señala en vivos colores, el diferente tratamiento que el auto-justiciero y el criminal auto-condenado encontrarán en el terrible día del juicio: **"Todo el que se enaltece será humillado, pero el que se humilla será enaltecido"**.

"Todo aquel", sin excepción, joven o viejo, alto o bajo, rico o pobre (porque Dios no hace acepción de personas) **"todo aquel"**, sea quien fuere, que se enaltece a sí mismo, y no a la libre gracia; todo aquel que confía en sí mismo que es justo, que descansa en sus deberes, o piensa unirlos con la justicia de Jesucristo, para justificación ante los ojos de Dios, aunque no sea adúltero, no sea ladrón, aunque no sea exteriormente injusto, es más, aunque ayune dos veces por semana, y dé el diezmo de todo lo que posee; sin embargo, será humillado a los ojos de todos los hombres buenos que lo conocen aquí, y ante los hombres y los ángeles, y Dios mismo, cuando Jesucristo venga a comparecer en el juicio del más allá. Cuán bajo, nadie sino el Dios todopoderoso puede decirlo. Será rebajado a vivir con los demonios, y hará su morada en el infierno más bajo para siempre.

¡Escuchen esto, todos los que se autojustifican, tiemblen y contemplan su destino!, una perdición espantosa, más espantosa de lo que las palabras pueden expresar o el pensamiento concebir. Si después de oír esta parábola os negáis a humillaros, pongo hoy al cielo y a la tierra por testigos contra vosotros, de que Dios os visitará con todas sus tormentas, y derramará todas las copas de su ira sobre vuestras cabezas rebeldes; os enaltecisteis aquí, y Dios os rebajará después; sois tan orgullosos como el diablo, y con los diablos habitaréis por toda la eternidad. "No os engañéis, Dios no puede ser burlado; ve vuestros corazones, conoce todas las cosas. Y, aunque subáis al templo a orar, vuestras oraciones se convierten en pecado, y bajáis a vuestras casas injustificados, si sois autojusticieros; ¿y sabéis lo que es ser injustificado? Pues, si sois injustificados, la ira de Dios permanece sobre vosotros; estáis en vuestra sangre; todas las maldiciones de la ley os pertenecen: malditos sois cuando salís, malditos sois cuando entráis; malditos son vuestros pensamientos, malditas son vuestras palabras, malditas son vuestras obras; cada cosa que hacéis, decís o pensáis, de la mañana a la noche es sólo una serie continua

de pecado. Por muy altamente que seáis estimados a los ojos de los hombres, por muy honrados que seáis con los asientos más altos en las sinagogas, en la iglesia militante, no tendréis lugar en la iglesia triunfante. "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios"; derribad todo pensamiento farisaico y toda imaginación orgullosa que ahora se exalte contra la justicia perfecta, personal e imputada del amado Señor Jesús: **"Porque el que se humilla (y sólo él) será exaltado"**.

El que se humilla, sea lo que fuere si, en lugar de ayunar dos veces por semana, se emborracha dos veces por semana; si, en lugar de dar el diezmo de todo lo que posee, estafa al ministro en sus diezmos y al rey en sus impuestos; aunque sea injusto, ladrón, adúltero, es más, aunque los pecados de toda la humanidad se concentren y se unan en él; sin embargo, si por la gracia, como el Publicano, es capaz de humillarse, será exaltado; no de una manera temporal, porque los cristianos deben esperar más bien ser humillados, y que sus nombres sean desechados como malos, y dar sus vidas por Cristo Jesús en este mundo, sino que será exaltado en un sentido espiritual; será justificado gratuitamente de todos sus pecados por la sangre de Jesús; tendrá paz con Dios, una paz que sobrepasa todo entendimiento; no sólo paz, sino gozo en creer; será trasladado del reino de Satanás, al reino del amado Hijo de Dios, habitará en Cristo, y Cristo en él; será uno con Cristo, y Cristo uno con él; beberá de los placeres divinos como de un río; será santificado en espíritu, alma y cuerpo; en una palabra, será lleno de toda la plenitud de Dios. Así será exaltado aquí el hombre que se humilla; pero ¡oh, cuán alto será exaltado después! tan alto como los cielos más altos, hasta la diestra de Dios: allí se sentará, feliz tanto en alma como en cuerpo, y juzgará a los ángeles; alto, fuera del alcance de todo pecado y problema, eternamente seguro de todo peligro de caer. Oh pecadores, si supierais cuán alto quiere Dios exaltar a los que se humillan y creen en Jesús, ciertamente os humillaríais, al menos rogaríais a Dios que os humillara; porque es él quien debe golpear la roca de vuestros corazones, y hacer brotar de ella torrentes de lágrimas contritas. ¡Oh, que Dios diera a este sermón una comisión como la que dio una vez a la vara de Moisés! Os golpearía hasta la médula con la vara de su palabra, hasta que cada uno de vosotros fuera llevado a gritar con el pobre publicano: **"Dios, sé propicio a mí, pecador"**. ¡Qué lenguaje tan agradable sería éste a oídos del Señor de Sabbaoth!

¿No hay pobres pecadores entre vosotros? ¿Qué, sois todos fariseos? ¿Qué pasaría si un ataque de apoplejía se apoderara de ustedes, y sus almas se precipitaran ante el terrible Juez de vivos y muertos? ¿Qué harían sin la justicia de Cristo? Ojalá os humillarais; entonces el Señor os exaltaría; puede ser que, mientras yo hablo, el Señor os justifique gratuitamente por su gracia. He observado que tal vez el publicano tuvo un sentido de su justificación antes de salir del templo, y supo que su perdón estaba sellado en el cielo: ¿y quién sabe si vosotros podéis ser así exaltados antes de volver a casa, si os humilláis? ¡Oh, qué paz, amor y gozo sentiríais entonces en vuestros corazones! Tendríais un cielo en la tierra. Oh, si pudiera oír a alguno de ustedes decir (como una vez oí gritar a un pobre pecador, bajo mi

predicación) ¡Ha venido, ha venido! Nadie puede mostrar mayor amor que el que da su vida por un amigo; pero Cristo dio su vida por sus enemigos, incluso por vosotros, si sois capaces de humillaros, como hizo el publicano. Pecadores, no sé cómo dejar de hablar con vosotros; me llenaría la boca de argumentos, os suplicaría. "Venid, y pongámonos a cuenta"; aunque vuestros pecados sean como la grana, si os humilláis, serán tan blancos como la nieve. Un acto de verdadera fe en Cristo, os justifica para siempre jamás; no os ha prometido lo que no puede cumplir; es capaz de exaltaros: porque Dios le ha exaltado, y le ha dado un nombre sobre todo nombre; que al nombre de Jesús se doblará toda rodilla; es más, Dios le ha exaltado para ser no sólo un Príncipe, sino un Salvador. Que él sea un Salvador para ustedes, y entonces tendré razón para regocijarme en el día del juicio, de que no he predicado en vano, ni he trabajado en vano.

Amén.

